



Revista Conflicto Social - Año 15 N° 28 - Julio a Diciembre de 2022

Estado, impugnación neoliberal y revueltas populares en América Latina

State, neoliberal challenge and popular revolts in Latin America

Hernán Ouviaña*

Recibido: 9 de noviembre de 2022

Aceptado: 27 de diciembre de 2022

Resumen: El artículo se propone analizar el complejo vínculo que las organizaciones y movimientos populares, surgidos en el marco del ciclo de impugnación al neoliberalismo vivido en las últimas décadas en América Latina, han entablado con el Estado, y qué iniciativas vienen desplegando los gobiernos denominados “progresistas” para incorporar, neutralizar o bien integrar de manera subalternizada, estas luchas y exigencias en sus proyectos políticos y bloques de poder institucional, poniendo el foco en las rebeliones y levantamientos ocurridos a partir de 2019 en ciertos países de la región, y esbozando algunas hipótesis en torno a los escenarios que se abren en el actual contexto de crisis a escala continental.

Palabras clave: Estado, movimientos populares, neoliberalismo, rebeliones.

Abstract: The article aims to analyze the complex link that popular organizations and movements, which emerged within the framework of the cycle of challenge to neoliberalism experienced in recent decades in Latin America, have established with the State, and what initiatives have been deployed by governments called “progressives” to incorporate, neutralize or integrate in a subalternized way, these struggles and demands in their political projects and blocks of institutional power, focusing on the rebellions and uprisings that have occurred since 2019 in certain countries of the region, and outlining some hypotheses around the scenarios that are opening up in the current context of crisis on a continental scale.

Keywords: State, popular movements, neoliberalism, rebellions.

* Politólogo y Doctor en Ciencias Sociales. Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales e Investigador del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (UBA) y de la Universidad Nacional de Luján. ORCID: 0000-0003-1087-5671. hernanou@yahoo.com.ar



Introducción



En 1989, una protesta espontánea en las calles de Caracas desencadena una rebelión de proporciones imprevistas, que se extiende incluso a las zonas más remotas de Venezuela. Un año más tarde, en junio de 1990, Ecuador vive un alzamiento indígena sin precedentes en la historia reciente de este país, inaugurando así un ciclo de rebeliones populares en contra del neoliberalismo a escala continental e incluso global. Conocido como el levantamiento de Inti Raymi, éste y los sucesivos alzamientos en diferentes puntos del continente, significaron un cimbronazo no solamente en toda la región andina, sino también en el resto de América Latina. Se produjo lo que en algún momento el historiador peruano Alberto Flores Galindo denominó con un dejo de ironía el descubrimiento de lo obvio: la importancia de quienes han conformado el sector mayoritario en nuestra historia.

De ahí en más, las movilizaciones y dinámicas de lucha protagonizadas por pueblos y nacionalidades originarias cobraron creciente visibilidad y contundencia en los diversos escenarios públicos: de la conmemoración de los 500 años de resistencia indígena, negra y popular a la irrupción zapatista del 1 de enero de 1994 en Chiapas, de la guerra del agua y el gas en Bolivia a la osadía del pueblo nasa en el Cauca o la insurgencia mapuche al sur del Bio Bio. Simultáneamente, irrumpieron con fuerza los reclamos de amplios sectores y organizaciones sociales en torno al trabajo y las condiciones de vida digna en las grandes ciudades y en las periferias urbanas, en contra del desempleo, la precariedad laboral, el debilitamiento sindical y el acceso a consumos básicos, largamente postergados o suprimidos por las políticas neoliberales y de mercantilización de los servicios básicos.

Más allá de sus posibles matices, esta constelación de luchas tuvo una serie de rasgos en común, que las hermanó en su vocación emancipatoria: acción directa, confrontación callejera y autodeterminación territorial, recomposición de las tramas comunitarias y revitalización de las

simbologías, saberes plebeyos e identidades colectivas, crítica de la herencia colonial, anudamiento de memorias de corta, mediana y larga duración y autodefensa radical de la vida en todas sus formas, desborde popular de los formatos tradicionales de organización política, dinámicas asamblearias y cuestionamiento de la democracia liberal. Desde ellas, asimismo, se fueron forjando categorías-de-lucha y palabras-generadoras que, con el correr del tiempo, enriquecieron proyectos de alternativa civilizatoria. Buen vivir, soberanía alimentaria, mandar-obedeciendo, diplomacia de los pueblos, autonomía, prefiguración, comunalidad, poder popular, “sumak kawsay”¹ e interculturalidad, entre otras, resultaron cada vez más claves dentro de los debates estratégicos en favor de una participación protagónica de las y los de abajo en la construcción de su propio destino.

Luego arduos y subterráneos repertorios de acción colectiva y de resistencia popular –que incluyeron, como en el caso de Ecuador y Bolivia, levantamientos e insurrecciones con capacidad destituyente y enorme poder de veto– en gran parte de la región accedieron al gobierno fuerzas de centroizquierda, coaliciones progresistas y líderes ajenos a las estructuras políticas tradicionales, que hicieron de la retórica antineoliberal un punto de apoyo para sus propuestas de transformación. No obstante, es importante reconocer que este ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina, al que hemos denominado CINAL (Ouviaña y Thwaites Rey, 2018; Thwaites Rey y Ouviaña, 2019), antecede a aquellos triunfos electorales, acompaña con sus temporalidades y agendas propias al contradictorio derrotero de estos gobiernos, y hasta perdura allende las caídas o declives que éstos sufrieron, ya sea como producto de las derrotas que les infligieron en las urnas o a raíz de procesos de desestabilización asentados en prácticas neogolpistas.

La reacción derechista que sobreviene a partir de 2015, con el triunfo electoral de Mauricio Macri en Argentina, el golpe de Estado parlamenta-

¹ Neologismo kechua relacionado al estilo de vida comunitario del “buen vivir”.





rio-mediático-judicial contra Dilma Roussef, que habilitó el encarcelamiento de Lula y la victoria del neofascista Jair Bolsonaro en Brasil, el viraje neoliberal de Lenin Moreno en Ecuador, la derrota electoral del Frente Amplio en Uruguay y la contraofensiva imperialista en Venezuela, parecieron augurar una reversión completa del CINAL. Sin embargo, comenzaron a verificarse nuevas irrupciones políticas de carácter popular en varios países, enfrentando las medidas gubernamentales ajustadoras, con especial recrudecimiento durante 2019 en la región del Pacífico, con Ecuador, Chile y Colombia como territorios emblemáticos donde las revueltas callejeras y las huelgas de masas irrumpieron con fuerza hasta hacer crujir los pilares del neoliberalismo allí (Thwaites Rey y Ouviaña, 2021).

De todas maneras, aun cuando podamos aseverar que vivimos actualmente una evidente oleada de novedosos gobiernos que han sido catalogados como “progresistas” y asumen un carácter continental, las condiciones y rasgos de lo que -durante casi dos décadas- fungió de una fase con relativa hegemonía de gobiernos de este tenor a escala regional desde finales de los noventa (que convivió, por cierto, con expresiones de la más cruda persistencia y agudización del neoliberalismo, en particular en la geografía del Pacífico), resultan diferentes, ya que hoy se carecen de ciertos determinantes estructurales que, como el altísimo precio de los *commodities* a escala global, brindaron una base material y socio-económica que habilitó mayores márgenes de autonomía por parte de los Estados. Un interrogante que sobrevuela la actual coyuntura latinoamericana es en qué medida se vive una reactivación –sobre nuevas bases– del CINAL, y qué papel tienen los movimientos populares en esta fase emergente vis a vis los Estados.

Atendiendo a esta dinámica contradictoria y de evidente inestabilidad hegemónica en América Latina, que involucra, por un lado, la irrupción y sostenibilidad en el tiempo de movimientos populares de diferentes perfiles aunque con ciertos rasgos en común, y, por el otro, gobiernos de corte “progresista” que –con distintos grados e intensidades– aspiran a tomar

distancia del ideario neoliberal más ortodoxo, nos interesa problematizar el vínculo que aquellas han entablado con las estructuras estatales y qué iniciativas vienen desplegando estos gobiernos –así como, en un plano más integral, los Estados– para incorporar, neutralizar o bien integrar de manera subalternizada, estas luchas y exigencias en sus proyectos políticos y bloques de poder institucional, brindando algunas hipótesis en torno a los escenarios que se han abierto recientemente a nivel regional.

Estado, neoliberalismo y luchas populares

La existencia del largo CINAL, si bien incluyó como referencia ineludible y de enorme gravitación a la victoria electoral, el ascenso y la consolidación de los gobiernos denominados genéricamente “progresistas” en la región (inaugurados con el triunfo de Hugo Chávez en la urnas en 1998), supuso una compleja fase de disputa y confrontación que se inició antes de este proceso, teniendo como punto de partida y grado cero a las mencionadas rebeliones y luchas populares de carácter antineoliberal que los antecedieron, y que incluso en muchos casos dotaron de sentido a estos gobiernos y permitieron que pudiesen sostenerse en el tiempo, al margen del mayor o menor desencuentro que supieron tener con respecto a esas luchas que les dieron origen o habilitaron un escenario propicio para su emergencia.

En lugar de delimitar dos momentos antagónicos cerrados y acotados en el tiempo (neoliberal y pos-neoliberal), consideramos que resulta más pertinente plantear la cuestión en términos de la disputa hegemónica que se desarrolló en esos años de norte a sur del continente y que aún continúa abierta. Así, nuestro enfoque parte de una perspectiva gramsciana e incorpora en la confrontación política, económica y sociocultural que todavía está en curso, no solo a los procesos de lucha que tuvieron impacto en el poder gubernamental, sino a todas las experiencias políticas





de la región que se enmarcaron en disputas anti-neoliberales, anti-coloniales, anti-capitalistas y anti-patriarcales, aunque sin un saldo electoral positivo (Thwaites Rey y Ouviaña, 2019).

Asimismo, asumimos una definición amplia y de mayor complejidad del neoliberalismo, no acotándolo meramente a un conjunto de políticas económicas ni tampoco a un menor grado de intervencionismo estatal vis a vis el mercado. Estas interpretaciones, creemos, oscurecen más de lo que clarifican. Por ello optamos por retomar la tesis formulada por Christian Laval y Pierre Dardot (2013), para quienes el neoliberalismo es la *razón global del capitalismo contemporáneo*, por lo que requiere ser asumido como “construcción histórica y norma general de la vida”, mediante su poder de integración de todas las dimensiones de la existencia humana.

El neoliberalismo no es, por tanto, solo destructor de reglas ni puro mercantilismo, sino también productor de un cierto “conformismo” y difusor de determinadas maneras de vivir, subjetivar y reproducir un sentido de orden, e implica un modo particular de gobernar los procesos colectivos y de fabricar individuos (Vázquez García, 2005). Ello es así debido a que, al decir de Nancy Fraser, las características “económicas” explícitas del capitalismo (y, por cierto, del neoliberalismo, ya sea en su faceta “reaccionaria” o “progresista”), dependen de condiciones primordiales “no económicas”, entre ellas del accionar del propio poder estatal (Fraser, 2020).

Al aludir al neoliberalismo se pueden evocar diversas definiciones, que jerarquizan aspectos diferenciados de una categoría polimorfa. Más allá de los matices o del riesgo de extenderla tanto que no sirva para definir casi nada o todo a la vez, lo que nombra el neoliberalismo es una etapa general del capitalismo a escala mundial que, aun crujiendo, perdura en la actualidad. La ofensiva neoliberal sobre América Latina, desplegada durante los años noventa, se basó en una correlación de fuerzas entre capital y trabajo propia del ciclo del capital global caracterizado por la financiarización y la acumulación por despojo de bienes naturales a escala planetaria.

Dicha correlación supuso una ofensiva capitalista sobre las condiciones de producción y reproducción de las masas trabajadoras de todo el mundo, donde los Estados, con su monopolio de la violencia y su definición de la legalidad, desempeñaron un papel decisivo en el respaldo y promoción de estos procesos (Harvey, 2003). Las políticas de ajuste estructural, privatizaciones, apertura de los mercados, precariedad laboral y desregulación de la actividad económica, se impusieron sobre la (contundente, aunque no definitiva) derrota del campo popular y desde allí desplegaron su pretensión hegemónica (Thwaites Rey y Ouviaña, 2022).

Diversos análisis sobre esta etapa –en particular poniendo el foco en el caso argentino– apuntan a demostrar que el Estado no se debilitó en tanto que capitalista (Ouviaña, 2002; Thwaites Rey, 2004; Bonnet, 2008), sino que cambió algunas de sus funciones, y con relación a sus aparatos y presupuesto, incluso resultó más fuerte. Más que una supuesta “minimización” o una “ausencia” estatal, lo que aconteció fue una profunda *metamorfosis* de su entramada institucional, así como de los límites difusos y porosos entre lo público y lo privado, que redundó en –y a la vez fue condición de posibilidad para– garantizar un alto grado de cohesión de las diversas fracciones burguesas al interior del bloque en el poder. De ahí podemos afirmar que durante el auge del neoliberalismo lo que tendió a predominar no fue el “libre mercado” sino una *alianza estatal-mercantil* basada en la complementariedad entre ambos para garantizar las mejores condiciones de acumulación capitalista, lo que involucra sin duda lograr disciplinar al polo del trabajo a partir de un mayor despliegue del poder despótico y represivo del Estado, en paralelo a la edificación de una ciudadanía atomizada y “crediticia”, integrada como clienta por la vía del consumo y las lógicas aspiracionales, que el neoliberalismo supo apuntalar y lograr que se introyecten como valores propios por parte de las clases subalternas, mediante procesos de subjetivación, pautas de comportamiento mercantiles y lazos de vincularidad competitivos que tienden al conformismo (Moulian, 1998).

Sin embargo, en el nuevo siglo las relaciones de fuerza se tensionaron





en gran parte de América Latina y el Caribe, como resultado de una fuerte activación de las luchas de masas contra los efectos de las políticas ajustadoras, la precariedad creciente de la vida y un malestar sociopolítico cada vez más agudo, lo que dio lugar a la apertura de un período que llamamos de “disputa hegemónica” con el paradigma neoliberal. Tomamos la idea de disputa para señalar una etapa conflictiva, fluida y no cerrada, que adquiere contornos diversos y grados de tensión variados, según la peculiar conformación económica, social, cultural y política de cada espacio estatal nacional, con sus correspondientes correlaciones de fuerza. Porque lejos de haber quedado congelado, el tiempo histórico de fuertes confrontaciones se despliega con una intensidad tal que inhibe de aserciones simples y definitivas (Ouviaña y Thwaites Rey, 2018).

El reimpulso regional de las revueltas a partir de 2019

Tal como mencionamos, a partir de octubre y noviembre de 2019, el rechazo frontal al neoliberalismo –como expresión contemporánea de la contraofensiva capitalista e imperial–, asentado en el antagonismo, la confrontación abierta y la acción directa en las calles, se ha reanudado con fuerza y enorme radicalidad, y a pesar de vivir un parcial impasse producto del confinamiento pandémico, hoy parece recobrar ímpetu en diversos territorios de América Latina, en plena sintonía con las multitudinarias revueltas, los levantamientos populares y las huelgas de masas que despuntaron aquel año bisagra e incluso durante 2021.

Para la caracterización del contexto que se abrió tanto durante 2019 como en 2021, recuperamos un concepto propuesto por René Zavaleta, como es el de *momento constitutivo*. De acuerdo a su lectura, el mismo remite a un episodio epocal –entendido por cierto de manera procesual– en donde el conjunto de la población vive, como “efecto de la concentración del tiempo histórico (...) una instancia de vaciamiento o disponibilidad

universal y otra de interpelación o penetración hegemónica” (Zavaleta 1990b, p. 183). Con un claro lenguaje gramsciano, Zavaleta intenta dotar de centralidad a aquellos momentos o coyunturas históricas en las que se produce “la transformación ideológico-moral o sea la imposición del nuevo sentido histórico de la temporalidad”, esto es, “una suerte de vacancia o gratuidad ideológica y la consiguiente anuencia a un relevo de las creencias y las lealtades” (Zavaleta 1990a: 132).

Si bien no lo explicita, resulta evidente que está aludiendo a situaciones que, al decir de Gramsci, se identifican con las crisis orgánicas en el seno de un bloque histórico: aquellas coyunturas críticas de una sociedad donde la hegemonía, hasta ese entonces arraigada en las masas, se resquebraja y deja de oficiar como concepción predominante del mundo para ellas, desestabilizándose también las diferentes formas de autoridad predominantes, en particular aquella referida al orden público-estatal. Los momentos constitutivos remiten por lo tanto a crisis generales, donde se plasman o bien se refundan las características y rasgos más destacados de una determinada sociedad por un tiempo relativamente prolongado: la configuración o genealogía profunda de un determinado bloque histórico, en su específica articulación entre Estado y sociedad (Ouviaña, 2016).

Partiendo de esta acepción, entendemos que la rebelión iniciada los primeros días de octubre de 2019 en Ecuador, así como las que acontecieron semanas más tarde en otras realidades, pueden ser leídas como *momentos constitutivos*, en la medida en que el levantamiento en el país andino irradió su potencialidad hacia diversas latitudes de América Latina y hasta del sur global, configurando un haz de insubordinación y cuestionamiento radical del orden dominante a escala regional. Tengamos en cuenta que menos de una semana después de culminada la insurrección popular en Quito, Santiago de Chile fue sacudida por una protesta inusitada, cuyos repertorios de acción, desacato y formas de beligerancia reenviaban a las vividas en el territorio ecuatoriano. Luego le sucederían las jornadas convulsionadas en Colombia, con una similar huelga política caracterizada por el desborde en las calles. Y en simultáneo a estos pro-





cesos, Haití se veía conmocionada por numerosas movilizaciones callejeras con un idéntico espíritu insumiso y de hartazgo generalizado. En todos estos casos, lo que irrumpieron no fueron tanto movimientos populares como *pueblos en movimiento*, donde el liderazgo colectivo resultó ser la regla.

A partir de allí, no hubo duda alguna de que la *reactivación* del CINAL estuvo motivado por un nuevo ímpetu antagonista que involucró a la vez un *relevo múltiple*. En primer lugar, el más evidente es el *generacional*, en la medida en que las juventudes fueron las principales impulsoras de estos levantamientos (estudiantes secundaristas en el caso de Chile, juventudes indígenas y urbano-populares en Ecuador, estudiantes universitarios y jóvenes de barriadas humildes en Colombia, jóvenes precarizados/as y habitantes de las periferias en Haití). Pero también es importante destacar el relevo de *género*, ya que las mujeres (y disidencias) se destacaron en las primeas líneas, las tareas de autocuidado y reproducción en barricadas y territorios en resistencia, así como el sostenimiento de las tramas comunitarias, las ollas populares, brigadas de salud y el “acuerpamiento” colectivo en las calles. Por último, el relevo es de carácter *étnico*, en la medida en que las revueltas han asumido un carácter anticolonial y antiracista, de reivindicación de las identidades indígenas, afros, palenqueras y cimarronas, en suma, plurinacionales. De conjunto, este relevo múltiple se destaca por la emergencia de novedosos liderazgos menos burocratizados y con altos niveles de combatividad, que van desde el expresado por las bases de la CONAIE, las comunidades mapuches en Wallmapu y misak en el Cauca colombiano, a los desplegados por el movimiento feminista o por el activismo estudiantil, teniendo a la asamblea como forma transversal de autoorganización y sostén del proceso de lucha.

La crisis del Estado en sus múltiples componentes

Si bien estas diferentes revueltas pueden ser definidas como de carácter espontáneo, es preciso leerlas en tanto conjunción de proceso y acontecimiento, es decir, de tramas subterráneas y apuestas cotidianas que fueron horadando cada vez más la hegemonía neoliberal vigente en cada uno de los países, hasta decantar en un estallido tan masivo como inesperado, que reventó la burbuja del mito de una sociedad falsamente inclusiva y democrática. Más allá de sus matices y particularidades, estas irrupciones tuvieron como antesala, y al mismo tiempo emparentaron diversas resistencias de largo aliento, que enlazan con resistencias históricas de una multiplicidad de sujetos/as insumisos/as: lucha de las mujeres contra el sistema patriarcal y en defensa de la soberanía sobre los cuerpos/territorios, para hacer visible la violencia y la precariedad de la vida que las afecta de manera más aguda a ellas y a las disidencias; contra el extractivismo, la privatización de los bienes naturales, la contaminación socio-ambiental y la acumulación por despojo en campos y ciudades; la lucha ancestral de los pueblos y nacionalidades indígenas por territorio, autodeterminación y fin a la militarización; las iniciativas y propuestas de vida digna basadas en la recuperación de derechos sociales que no cabe concebir en términos mercantiles, como la educación, la jubilación o la salud pública; la denuncia del terrorismo estatal, la brutalidad policial y la criminalización de la protesta; así como las variadas expresiones de poder popular, prefiguración y autogobierno desarrollada por movimientos urbano-populares, desde rincones de las periferias de la ciudad neoliberal, que cultivan formas muy otras de reproducción de la vida en común.

En conjunto, todas estas luchas abonaron –de forma subterránea y más allá de sus posibles matices– a la erosión del sentido común neoliberal, pero también patriarcal y neocolonial, que tuvo como contracara una pérdida del miedo, una desnaturalización de las relaciones de dominación y opresión, y un quiebre del “realismo” capitalista, que trocó en estado de ánimo disconforme e insumiso a nivel societal. De igual manera,





el *¡Fin del lucro!* que ya había sido escuchado como principal grito de protesta y exigencia popular en 2011 en Chile, se actualizó durante octubre de 2019 a partir de un clima de hartazgo generalizado que equivalió a un estruendoso *¡Ya Basta!* similar al lanzado por el zapatismo décadas atrás desde la Selva Lacandona.

No estamos en presencia, por lo tanto, meramente ante un cuestionamiento y crisis de la institucionalidad estatal forjada en las últimas décadas, sino también a una impugnación de los “componentes de larga duración” del Estado. En un texto escrito cuando todavía formaba parte del grupo Comuna, Álvaro García Linera supo plantear como hipótesis que las luchas sociopolíticas desplegadas en Bolivia –y que enmarcamos en un plano más amplio en el CINAL– no solo pusieron “en cuestión los componentes de corta duración del Estado (su carácter neoliberal), sino también varios de sus componentes de ‘larga duración’ de su cualidad republicana. Por lo tanto, estamos asistiendo a una doble crisis o el montaje de dos crisis” (García Linera, 2005: 19).

Consideramos que, con sus particularidades y rasgos distintivos, esta fisura, que en la lectura de García Linera supone un quiebre o fractura de las estructuras coloniales, temporales y espaciales del Estado republicano boliviano, se ha vivido también en otras realidades de América Latina, cobrando gran intensidad durante las revueltas de 2019 y 2020 en ciertos territorios, donde además de debilitarse los pilares del orden estatal neoliberal, han crujido los fundamentos patriarcales, racistas, monoculturales y de la democracia liberal propia de la tradición moderna. Tal vez los ejemplos más emblemáticos sean las acciones directas con un alto grado de replicabilidad en diferentes puntos del continente (y hasta en otras latitudes del sur global), de carácter reconstitutivo, estético y performativo: desde el derribo de estatuas y monumentos que enaltecen a conquistadores, a la reivindicación de banderas y símbolos indígenas o alusivos a las apuestas feministas y de las disidencias sexuales, hasta iniciativas artísticas participativas donde –como en el caso del colectivo LasTesis de Chile– se denuncia que el Estado es un “macho violador”.

Es así como durante el 2020 y 2021 se vivió en varias realidades de América Latina un escenario ambivalente, signado por cierto “impasse”, forzado por el contexto de pandemia y confinamiento al que instaron los gobiernos –y la institucionalidad estatal– al conjunto de la población, que sin embargo no logró contener del todo ni tampoco aplacar de manera plena el descontento y la ebullición experimentada meses antes de la declaración de la cuarentena. A pesar de la intensificación de las funciones represivas y de la exacerbación de la faceta coercitiva, que incluyó desde la militarización de territorios hasta el minucioso control policial, que en todos los casos redundó en abusos, torturas, asesinatos y hasta desapariciones forzadas de personas, en particular pertenencias a sectores populares que vieron dificultada la posibilidad de concretar la cuarentena (a raíz de sus condiciones de hacinamiento habitacional, de extrema precariedad laboral y de la vida), se evidenciaron momentos de quiebre de la cuarentena y recuperación activa de las calles, sobre todo en Chile, Ecuador y Colombia, que instaron a romper el aislamiento y sin descuidar los recaudos sanitarios, volver a ejercitar la protesta de manera masiva.

Esto llevó a que el escenario latinoamericano que vea sacudido por un contexto de confrontación callejera inédito y de una intensidad casi tan alta como en el 2019, en particular en Colombia –con movilizaciones contra la represión policial– y en Chile –al cumplirse un año del inicio de la rebelión y con motivo de la concreción del referéndum. Esta parcial reactivación del CINAL tuvo picos de agitación, combates con la reaparición de las “primeras líneas” y otras modalidades de autodefensa popular, en simultáneo al fortalecimiento de mecanismos novedosos de participación ciudadana que fungieron de ejemplificadores para el resto del continente, en particular en realidades que, como la chilena, se encuentran sumidas en el más crudo régimen neoliberal de similares contornos autoritarios.

A nivel continental, hablamos precisamente de reactivación, porque consideramos que el CINAL como tal no se ha cerrado, sino que, con vaivenes, destellos, ascensos y reflujos, se mantuvo abierto durante las últimas dos décadas, y hoy cobra mayor ímpetu y radicalidad,





revitalizándose en diversas latitudes de América Latina a través de estos estallidos que pueden ser definidos como “núcleos de intensidad democrática”, ya que al decir de Zavaleta “producen vastos estados de disponibilidad general o cuestionamiento universal por medio de los cuales las masas se lanzan a profundos actos de relevo ideológico” (Zavaleta, 1990: 110).² Subyace una “reconstrucción del destino”, quiebre y reconfiguración del universo civilizatorio que recrea simbólica y materialmente el horizonte utópico de los pueblos latinoamericanos.

Ello no supone una ruptura del CINAL, pero sí una reconfiguración donde los procesos forjados *por fuera y en contra* de las estructuras estatales más regresivas heredadas del neoliberalismo –y sostenidas por los gobiernos de diferente tenor casi sin vocación de ruptura a lo largo del período de auge del CINAL–, adquieren creciente centralidad en la dinámica impugnatoria en tanto autodeterminación de las masas. Sostenemos como hipótesis complementaria que aquellos territorios signados por mayor cantidad de contradicciones de orden neoliberal, de un neoliberalismo de larga duración o un extractivismo belicoso –cuyos Estados ostentan cierto grado de *debilidad* por carecer de una hegemonía sólida en clave consensual o resultar ella sumamente precaria, pero a la vez resultan *fuertes* en cuanto a su faceta represiva o de maquinaria disciplinante, que se encuentra en guerra con un sector relevante de su propia población–, son hoy epicentro de la agudización de la lucha de clases y fungen de puntos de condensación de la relación de fuerzas a nivel regional, por lo que de conjunto inauguran un momento constitutivo en términos continentales, que parece reconfigurar, quebrar o bien trastocar la correlación de fuerzas existente.

Un interrogante que surge de este escenario inédito es si estamos ante el inicio de un proceso de confrontación anticapitalista de nuevo tipo, que implica la construcción de una agenda y temporalidad propia de las

² Si bien no podemos profundizar en su análisis, es interesante mencionar que Zavaleta destaca –de manera precursora ya en los años ochenta– como posibles núcleos de intensidad democrática tanto al movimiento indígena como al feminismo. Aquí remota, por cierto, al marxista italiano Antonio Gramsci, que habla de núcleos de irradiación en sus notas carcelarias.

organizaciones y movimientos populares, o más bien se renueva y actualiza, bajo un formato “aggiornado” y de mayor moderación, el proyecto encarnado por la mayor de los gobiernos de corte progresista en el auge del CINAL. Más allá de las posibles respuestas, vale la pena problematizar el vínculo que el crisol de movimientos populares han ensayado con el Estado durante todo este tiempo, así como indagar en las respuestas y posturas asumidas por las coaliciones gubernamentales emergentes al calor de estos convulsionados ciclos de protesta colectiva.

Estado, autonomía e integración subalterna: contradicciones en (todo) movimiento

La noción de autonomía se ha tornado en las últimas dos décadas un provocador significativo político, incómodo y hasta sospechoso para la cierta izquierda ortodoxa, pero también denostado por los sectores progresistas que han hecho de la gestión gubernamental un eje casi exclusivo de su quehacer político. Si nos remontamos a su sentido etimológico, auto-nomía remite sencillamente a “darnos nuestras propias normas”. Sin embargo, la infinidad de prácticas emparentadas con esta palabra, desplegadas en América Latina durante el CINAL, han desbordado con creces esta escueta definición. Al margen de las particularidades de cada una de estas experiencias y ensayos, en todos los casos podemos hablar de formas de construcción independientes del capital y del Estado, lo que no siempre equivale a ausencia de vinculación con estas instancias.

Este es, sin duda, un eje de gran relevancia al momento de caracterizar a los proyectos de raigambre autónoma. No obstante, sería un error definirlos solamente en función de su mero distanciamiento con respecto a las instancias y relaciones de explotación o dominación contra las que se combate a diario, ya que también se proponen resignificar y trascender las modalidades de organización y de lucha consideradas tradicionales





(básicamente, aquellas que remiten a los formatos clásicos y más ortodoxos de los partidos y sindicatos, que tendieron a predominar durante buena parte del siglo XX).

Por ello, otro rasgo tanto o más importante de este tipo de proyectos autónomos ha sido y es la común vocación por *prefigurar* en el presente los gérmenes y embriones de la sociedad por las que estas organizaciones y movimientos populares luchan. En cierta medida, la “inflación” de este concepto -el de autonomía- ha sido directamente proporcional al nivel de agotamiento de las maneras clásicas de hacer política, que planteaban una especie de desacople entre revolución y vida cotidiana, al considerar que aquella era algo así como un evento lejano liderado por una vanguardia esclarecida, luego del cual recién cabía pensar en transformar de cuajo la realidad circundante. De ahí que resulte válido afirmar que la autonomía y la prefiguración se vinculan con un incesante anhelo por gestar, en el “aquí y ahora”, un mundo donde quepan muchos mundos, que al igual que los rebeldes zapatistas del sur de México celebra la diversidad de identidades y el convite de saberes, rechazando el conformismo y la homogeneización de las culturas y tradiciones insumisas del crisol de pueblos que habitan Nuestra América.

Una hipótesis que surge del análisis pormenorizado de muchas de estas experiencias de construcción autónoma es que, si bien la política emancipatoria ya no puede ser pensada estratégicamente desde el Estado, resulta imposible experimentarla y lograr su expansión sin tenerlo en cuenta y vincularse de manera asidua con él, en particular en los ámbitos urbanos, y aunque más no sea como mediación inevitable de las múltiples formas de resistencia (y subsistencia), como instancia que atraviesa y condiciona las posibilidades de sostenibilidad en el tiempo e irradiación de los proyectos y tramas comunitarias que apuestan a construir poder popular territorializado. La vinculación con el Estado (concebido como relación específica de dominación y aparato institución), que co-constituye a todo el entramado de nuestras sociedades) es un hecho de la realidad. El desafío, para muchas de estas organizaciones, es cómo

trocar esa conexión inexorable en antagonismo, más que en un “darle la espalda” al Estado (o al mercado).

En no pocos territorios del continente, muchas experiencias autónomas de tinte localista han caído erróneamente en hacer de la necesidad virtud y anclar sus proyectos en experiencias que no van más allá de micropolíticas posmodernas, que además de potenciar el aislamiento y la fragmentación, evidenciaron enormes dificultades al pretender constituir comunidades insulares, cuyo horizonte inmediato terminó siendo lo que Miguel Mazzeo (2005) denominó irónicamente el “socialismo en un solo barrio”. Por ello otra advertencia con la que hay que insistir frente a ciertas derivas autónomas, es que la construcción desde los márgenes -que muchas veces se pregona como consigna y se celebra como elección y apuesta ético-política- no debe equivaler jamás a marginalidad ni a encapsulamiento. Si lo alternativo no resulta a la vez alterativo (del orden dominante) puede redundar en prácticas que tienden a ser compatibles con el sistema hegemónico, sin que aporten sustancialmente a un proyecto *integral* de transformación revolucionaria de la sociedad.

Esto no implica, desde ya, negar la importancia del trabajo a pulmón en espacios territoriales y de disputa “molecular” (poblaciones, escuelas, comunidades, ámbitos laborales, familia, etc.), pero sí señalar que dichos proyectos deben poder conectarse con instancias y propuestas de articulación orgánica, de mayor amplitud y radicalidad, de manera tal que se complementen y potencien mutuamente, e incluso logren confluir en ámbitos mancomunados que trasciendan la “sectorialidad”. De ahí que valga la pena recordar que la lucha es en y (sobre todo) contra y más allá del Estado como relación de dominio y resistencia, lo que implica pugnar por clausurar sus instancias represivas y de cooptación institucional, ampliando en paralelo aquellas cristalizaciones que tienden potencialmente –y sobre la base de la presión popular y la participación activa de las masas en la gestión y democratización de lo público– a una sociabilidad colectiva de corte emancipatorio. A contrapelo, desestimando al Estado como lugar y momento relevante de la lucha de clases, algunas corrientes





políticas y organizaciones populares terminaron cayendo –al igual que la izquierda ortodoxa– en la tentadora *eseidad* (por definición anti-dialéctica) que concibe al Estado como un bloque monolítico y sin fisuras, totalmente exento de contradicciones y grietas, al que hay que ignorar o bien asaltar cual fortaleza enemiga en un futuro remoto.

Ahora bien, así como se evidenció durante el CINAL cierta tendencia al aislacionismo y al encapsulamiento estrictamente localista o territorial (el vicio del mal llamado “autonomismo”), de manera simétrica hubo un cumulo de movimientos sociales que han visto reducido su margen de independencia política respecto de los llamados gobiernos progresistas, llegando a asumir en ciertas ocasiones una estrategia de *mimesis* e integración plena con los procesos de gestión estatal, lo cual redundó en subsumir, bajo esta lógica, lo que antes eran valiosas experiencias de construcción de poder popular con proyección anticapitalista). En este plano, atendiendo a los peligros de la cooptación –y al margen de las críticas y limitaciones que podamos plantear respecto de este término– resulta interesante la temprana distinción que Philip Selznick (1999) formula entre una *participación sustantiva* y la simple participación “administrativa” que, en tanto respuesta adaptativa, redundó en un instrumento confiable para alcanzar la estabilidad de la autoridad gubernamental.

Aun cuando es obvio que estos gobiernos “progresistas” han intentado reencauzar el ciclo de protestas y normalizar la conflictividad social y política bajo parámetros estatales, con el objetivo prioritario de recomponer la hegemonía y regenerar el consenso de las instituciones públicas y del orden capitalista puesto en cuestión en diversas coyunturas de crisis orgánica (como la de diciembre de 2001 en el caso de Argentina), consideramos que el énfasis que en varios análisis teóricos se pone en el elemento de “cooptación”, obtura la posibilidad de entender la compleja relación entablada por ciertos movimientos, agrupaciones y activistas que, tras haber resistido las políticas neoliberales durante los años noventa y comienzos del siglo XXI, optaron por integrarse o apoyar a estas coaliciones de gobierno por propia iniciativa y en función de convicciones e in-

tereses que no cabe definir de forma exclusiva a partir de una visión unilateral y “desde arriba”.

Esta noción opaca las limitaciones intrínsecas a ciertas matrices de cultura política y de orientación de las vías de transformación social, que han tenido por ejemplo en el caso de Argentina al peronismo tradicional como referencia y centro de gravedad, y que están lejos de haber sido compelidas o manipuladas para sumarse al bloque de gobierno en función exclusivamente de “dádivas” o “prebendas”. Por supuesto, ello no niega que se hayan vivido procesos moleculares emparentados con lo que Gramsci denominó “transformismo” o que, en un plano más general, no pueda sopesarse la pertinencia de definir a estos procesos como “revoluciones pasivas” (Modonesi, 2017), recostando sus construcciones en lo que el marxista italiano definió en sus Cuadernos de la Cárcel como “estadolatría”, aunque sí pondera una concepción más relacional del vínculo entre movimientos populares y Estado, que requiere problematizar también la identidad, horizonte político y matriz de análisis de tipo *populista y/o reformista*, predominante en muchas de estas organizaciones territoriales, de izquierda o bien “nacional-populares”.

Escenarios en disputa

Resulta difícil imaginar cuál será el mapa geopolítico regional y global en el corto plazo, en un contexto donde la pandemia no parece haberse ido definitivamente, la catástrofe ecológica se manifiesta de manera descarnada y la inestabilidad hegemónica es el rasgo común a escala continental. América Latina ha sido precursora a nivel mundial en las resistencias antineoliberales, y actualmente es uno de los territorios más emblemáticos donde se ensayan alternativas frente a una crisis de carácter multidimensional y se dirimen proyectos de resolución, ya sea en una clave regresiva como potencialmente emancipatoria.





Antonio Gramsci supo apelar a la noción de *catarsis* para dar cuenta de aquel momento en el que se logra transitar de lo sectorial o económico-corporativo hacia lo ético-político, abriendo una coyuntura crítica donde emerge como posibilidad la construcción de una nueva hegemonía en tanto alternativa integral, de manera tal de irradiar a nivel general una concepción del mundo y un crisol de prácticas emancipatorias, más allá del entorno inmediato o la identidad específica que se tenga. La *catarsis*, por tanto, tiene siempre a la *crisis* como momento de dilucidación y ampliación del horizonte de visibilidad más allá de lo posible, por lo que resulta al mismo tiempo expresión ambivalente e inestable de un proceso de cambio y desintegración social.

Eso parece haber ocurrido precisamente durante los últimos años en diferentes lugares de América Latina, *por abajo* y *por arriba*, tanto producto de las rebeliones populares vividas en diversos países de la región, como a causa de las intentonas golpistas y destituyentes movidas por un desembozado revanchismo de clase, misógino y racial, por parte de las élites económicas y políticas, el imperialismo y sectores neofascistas a nivel societal, a lo que habría que sumar la trágica gravitación de un malestar generalizado que cataliza odios, miedos y frustraciones en cada vez más vastos sectores populares. Por ello es importante leer en toda su complejidad el crecimiento y expansión de proyectos de ultraderecha que, en palabras de Rafael Hoetmer, han podido surgir movilizando los sentimientos de miedo, como también por la precarización e inseguridad reales, que enfrentan las poblaciones en América Latina:

los actores de las nuevas derechas ofrecen una serie de formas de amparo, aunque posiblemente más en los discursos que en la práctica. Ante el abandono de las izquierdas de las discusiones en torno de la seguridad pública, las nuevas derechas proponen mano dura y orden. Ante la precarización de la vida, las iglesias evangélicas ofrecen un sentido de comunidad y ciertas prácticas de solidaridad y cuidado mutuo. Ante la falta de perspectiva, aparecen las economías ilegales e informales y la promesa del emprendedor como posibilidades de progreso concreto (Hoetmer, 2020: 30).

De ahí que un posible escenario sea el de un reforzamiento del *estatismo autoritario* analizado por Nicos Poulantzas (1979), combinado con una intensificación del neofascismo y conservadurismo a nivel social. Si ya antes de la pandemia se evidenciaba esta tendencia a que cohabiten excepcionalidad y normalidad de manera intermitente (donde el poder ejecutivo adquiere cada vez más relevancia y se refuerza la lógica represiva), a partir de procesos políticos como el vivido en Brasil con el bolsonarismo, el contexto actual abona a que las clases dominantes y el imperialismo vean como viable el fortalecimiento de esta opción, que incluso puede llegar a articular un cierto “negacionismo” con la apelación al contexto excepcional de crisis que se vive, para vulnerar determinados derechos, restringir libertades democráticas, robustecer valores tradicionales (de carácter heteropatriarcal, misógino, nacionalista y/o meritocrático), militarizar territorios, ejercer la contrainsurgencia o incrementar la utilización del aparato represivo del Estado bajo este pretexto.

Tengamos en cuenta que la apelación a la coerción no ha dejado de ser la punta de lanza del discurso punitivista en auge a nivel continental, desde la construcción de un “enemigo interno” (con contornos específicos de acuerdo a cada realidad) que legitime la escalada represiva vivida en gran parte de la región, destinadas al combate del “narcotráfico” y la “inseguridad delictiva”. Para ello, se busca interpelar al imaginario social autoritario y conectar con cierta necesidad de protección, respeto de la ley y deseo de restablecimiento del “orden”, que el sentido común dominante exige de parte del Estado.

Asonadas golpistas con evidente revanchismo de clase y racial, omnipresencia de las Fuerzas Armadas en gabinetes de corte autoritario como el encabezado por Jair Bolsonaro en Brasil, intervencionismo y ocupación militar de territorios en Colombia, México, Wallmapu o la Amazonía, entrelazamiento de estos poderes fácticos y de grupos paramilitares en ciudades emblemáticas del continente, declaración de estados de excepción que se tornan cada vez más regulares, arbitrariedad mayúscula, detenciones masivas, masacres en penales y avasallamiento de los de-





rechos más elementales por parte de estos cuerpos especiales, bajo el pretexto de la coyuntura pandémica, la inseguridad ciudadana o la lucha contra el narcotráfico, se complementa con el reforzamiento mediático de prejuicios y estigmas que tienden a asociar juventud pobre o población villera con delincuencia, protesta social o paros activos con desestabilización e ilegalidad y pueblo mapuche *con* terrorismo, buscando así fortalecer una visión de mundo que avale –e incluso demande– una intensificación de la faceta coercitiva del poder estatal.

Cabe por lo tanto preguntarse si no estamos en presencia de un fenómeno que se asemeja a lo que René Zavaleta denominó *hegemonía negativa*, es decir, “una construcción autoritaria de las creencias”, asentada en este caso en una delicada combinación de apelación al miedo y a la autopreservación individual, con “tolerancia cero” y castigo ejemplificador de quienes azuzan el “caos”, cuestionan la propiedad privada o quebrantan la legalidad, que redundaría en una aceptación acrítica de la creciente militarización de la vida social, ya desplegada en casi todo el continente al calor –y bajo el pretexto– de la pandemia.

Quizás la novedad esté dada por la mixtura de ciertos dispositivos de despotismo estatal que cobran mayor relevancia para controlar las poblaciones, gestionar la inseguridad y regular la circulación de los cuerpos, con un “emprendedurismo” de raigambre societal, que incita a participar activamente en la garantía misma de este orden autoritario (construcción vecinal de “mapas del delito”, grupos de *whatsapp* de “alertas barriales”, defensa de valores tradiciones como los de la familia), desde lo que Esteban Rodríguez (2014) caracteriza como *vigilantismo* o giro policialista, enfocado a estigmatizar y combatir al *otro* que no comparte, o parece amenazar, las formas de vida compatibles con este orden tan desigual.

Por otra parte, en el descontento de ciertos sectores de clase media-alta, se evidencia un cierto nivel de lo que Zavaleta denominó “conciencia de clase reaccionaria”, expresada en cacerolazos convocados en las redes sociales y medios hegemónicos, “banderazos”, por lo general con-

vocado en fechas patrias, que refuerzan el sentido identitario “nacional” construido desde el Estado, así como iniciativas públicas de rechazo abierto a la cuarentena como política pública, todas ellas con un violento anclaje de clase, racista y patriarcal. Se reactiva de manera descarnado el “inconsciente reaccionario de la sociedad”.

¿Qué hacer entonces con un aparato estatal profundamente clasista y autoritario, elitista, misógino, racista y colonial, heredado de tiempos pasados donde la guerra y la contrainsurgencia tendían a ser la regla, en un contexto de nuevos gobiernos que se presumen con vocación transformadora? El dilema que devino tragedia en el caso del Chile de la Unidad Popular, y que resultó también problemático en coyunturas más recientes como las del golpe de Estado en Honduras, Paraguay y Bolivia, sumado al creciente poder que asumen las Fuerzas Armadas en Brasil, México o Venezuela (por nombrar situaciones disímiles y sin desmerecer el diverso pelaje ideológico ni las evidentes diferencias y contrastes que existen entre las respectivas coaliciones gobernantes en cada país), tornan urgente el debate teórico-político en torno a este tema tan espinoso como necesario. Los progresismos –al margen de su baja, mediana o más alta intensidad– no afrontaron esta cuestión ni tomaron el toro por las astas, y la bomba en no pocos casos les estalló literalmente en las manos o ante sus narices.

Un segundo escenario posible es aquel que aspira a reeditar el ciclo de los gobiernos denominados “progresistas” en este nuevo contexto regional y planetario, teniendo como principales referencias la derrota en las urnas y el desplazamiento del poder de coaliciones conservadores, derechistas o abiertamente golpistas, como ha ocurrido en los casos de México, Argentina y más recientemente Bolivia. Una cuestión en ocasiones no contemplada por quienes postulan este panorama como un hecho consumado, es la ausencia de condiciones estructurales u “objetivas” y –parcialmente– también subjetivas, para replicar o dar un nuevo impulso a proyectos de este tenor.





Por un lado, debido a que el contexto global dista de asemejarse a aquel en el que se inscribieron y apoyaron los gobiernos surgidos en el CINAL, signado por un alto precio de los *commodities*, y que garantizó una reversión relativa del tradicional balance negativo en los términos de intercambio, fungiendo de base material de la recuperación de ciertos márgenes de acción autónoma de los Estados latinoamericanos (Thwaites Rey y Ouviaña, 2019). Lo que en algún momento se concibió como fortaleza, resultó ser un parcial y transitorio contexto de bonanza cuya contracara fue una precariedad estratégica que agudizó la inserción subordinada y la mayor dependencia del mercado mundial constituido y de los vaivenes del precio internacional de los bienes naturales.

Por el otro, a raíz del creciente descontento y malestar provocado por la secuelas económicas y socioambientales que trae aparejado el extractivismo, hoy acrecentado por la mayor visibilidad que ha cobrado el nexo causal entre la desarticulación de hábitats de cientos de especies silvestres, la alteración sustancial del clima y la imposición global de agonegocios y megafactorías, con proliferación de enfermedades y numerosas cepas patógenas que se irradian a escala planetaria, tal como ha ocurrido con el Covid-19. La cría industrial de animales, en particular, a través de la cual millones de seres vivos son producidos como mercancía en un contexto de hacinamiento, uso indiscriminado de antibióticos y sufrimiento extremo, tiene como contracara necesaria no solo una evidente debacle ambiental de dimensiones geológicas, sino la multiplicación de zoonosis, por lo que es factible que a esta pandemia le sucedan en un futuro cercano otras de igual o mayor magnitud.

A su vez, otra limitación del progresismo, que hoy se busca nuevamente reconstruir, es lo que Gramsci definió como “estadolatría”: “Se da el nombre de ‘estadolatría’ a una determinada actitud respecto del ‘gobierno de los funcionarios’ o sociedad política que, en el lenguaje común, es la forma de vida estatal a la que se da el nombre de Estado” (Gramsci. 1970: 315). Este enamoramiento del poder estatal constituido, fue casi sin excepciones un punto débil común de los llamados progresismos, y

por cierto también de no pocas organizaciones y movimientos populares que, durante la primera fase de resistencia antineoliberal, supieron tener una actitud más confrontativa y anclada en prácticas e iniciativas de tipo “societales”.

Las revueltas vividas en los últimos años en América Latina, como procesos de masas que se han desplegado desde abajo y en abierta confrontación con los aparatos estatales en su dimensión represiva, burocrática, representativa liberal y cómplices de las lógicas de mercantilización de la vida, sugieren atisbos de una alternativa que, lejos de reeditar el ciclo progresista sin más, ponderan una estrategia de construcción crítica de sus limitaciones más evidentes y con potencialidad anti-sistémica. Este escenario remite a procesos de mayor radicalidad y ruptura con el orden neoliberal y también en abierta confrontación con las formas de dominación colonial, heteropatriarcal, capitalista y ecocida, lo que por supuesto incluye aquellas dimensiones del armazón estatal en sus estructuras más conservadoras, destructivas y opresivas, aunque sin desestimar la posibilidad de un proceso refundacional del Estado que forje una nueva institucionalidad de carácter popular y que implique un reordenamiento territorial e instancias de autogobierno que se anuden desde la interescalaridad, ampliando las facetas que implican una parcial cristalización de conquistas y beneficios para las clases subalternas y pueblos latinoamericanos.

Partimos de no concebir a la estatalidad como un bloque monolítico y sin fisuras, cual fortaleza enemiga que sería totalmente externa y ajena a los sectores oprimidos, pero al mismo tiempo creemos que es preciso no caer en un peligro simétrico –propio de las corrientes populistas– como es el caracterizarla en una clave instrumental, en tanto instancia neutra que puede “utilizarse” sin más para hacer avanzar un proyecto emancipatorio del tenor que expresan las luchas y resistencias contemporáneas en América Latina. Recuperar la dialéctica entre reforma y revolución, revitalizar la articulación de luchas dentro, contra y más allá del Estado, a partir de una delicada pero osada combinación entre reivindicaciones





desde abajo, confrontación y movilización callejera, en paralelo al sostenimiento de dinámicas autogestionarias y de construcción de poder popular territorializado, es un desafío que depara el actual escenario continental y global.

No obstante, resulta evidente que ciertos triunfos electorales y ascensos al gobierno, en países como Chile o Colombia, de figuras de centro izquierda o distantes de los binomios clásicos que se han alternado en el poder durante décadas –y en un plano más abarcativo, toda la compleja oleada que nuevamente se tiende a caracterizar como “progresista” en la región, aunque sus contornos y perfiles son sin duda más heterogéneos, moderados y ambivalentes que otrora–, abrió de forma acelerada un escenario que bien podría involucrar procesos de considerable institucionalización y aplacamiento de la conflictividad vivida en las calles entre 2019 y 2021.

En medio de un panorama por demás incierto a nivel regional y mundial, el debate que subyace a este contexto inédito es por lo tanto en qué medida aquellas luchas callejeras, levantamientos populares y huelgas políticas de masas que se vivencian desde 2019 y se han reactivado durante 2021 y 2022 en un crisol de territorios de América Latina y el Caribe, implican una crisis orgánica en los países en los que acontecen, y hasta qué punto estamos en presencia de un cambio de la relación de fuerzas a escala continental.

Más allá de los claroscuros y contrastes en cada bloque histórico, no caben dudas de que parecen haberse reanudado las resistencias y luchas que dieron origen al CINAL a finales de los años '80 y principios de los '90, en este caso en realidades donde la mercantilización y precariedad extrema de la vida, han tenido como contracara Estados profundamente autoritarios, que ejercitan de manera cada vez más enconada el dominio y la coerción al ver erosionado el consenso y la hegemonía neoliberal que, hasta hace poco tiempo, parecían incólumes.

Al mismo tiempo, en aquellos países donde se vivieron procesos de

gobiernos con mayor o menos intento de distanciamiento/ruptura respecto del recetario neoliberal más crudo, el ciclo de auge de movilización y participación activa tuvo con el correr de los años su declive y reabsorción por mediaciones institucionales, al compás de la recomposición hegemónica o bien de una cierta cohabitación con el orden capitalista, a pesar de lo cual se lograron materializar en una serie de conquistas parciales, tanto sociales como políticas, bajo la modalidad de políticas públicas tendencialmente universales y la ampliación parcial de derechos, que hoy en día constituyen un piso fundamental en términos simbólico-materiales, muy distinto al momento de derrota defensiva de los años noventa. Además, los pueblos, comunidades y movimientos sociales acumularon experiencia y formatos organizativos en los que apoyarse para activar la rebeldía y la confrontación ante medidas regresivas que en la actual coyuntura se intentan en su contra, lo que conforma un escenario bastante diferente al inaugurado a finales de los años ochenta en la antesala del CINAL (Ouviaña y Thwaites Rey, 2018).

Por ello no resulta aventurado afirmar que las intensas jornadas de simultáneo desgarramiento y universalidad vividas en 2019 y 2020, verdaderas “fiestas de la plebe” al decir del marxista boliviano René Zavaleta, abrieron una hendidura privilegiada que amplió el horizonte de visibilidad de los pueblos y clases subalternas del sur global, haciendo posible un ejercicio de (auto) conocimiento colectivo de gran parte de lo que, anteriormente, se encontraba vedado. La expansión de nuevos imaginarios políticos que aspiran a *revolucionarlo todo*, contrasta con el realismo capitalista y un estado de excepción permanente que pretende apuntalarse como sentido de inevitabilidad y destino inexorable para la región. Pero esta crisis que sacude hoy a buena parte de América Latina jamás debe leerse como garantía de triunfo, ni tampoco en una clave derrotista. Más bien cabe pensarla en tanto *escuela de conocimiento* e instante anómalo en la vida social, que puede deparar diferentes y hasta contrapuestos escenarios posibles.

Quizás valga la pena recuperar de la cosmovisión andina la metáfora





y figura del *Pachakuti*, que involucra una doble significación de suma actualidad: remite a un cambio de época de carácter integral, un giro, revuelta o dislocamiento espacio-temporal que puede implicar tanto catástrofe como renovación y discontinuidad, colapso o bien una inversión radical del orden existente. El contexto por el que transita América Latina nos habla acerca de esta doble posibilidad en ciernes. Por un lado, la amenaza certera del advenimiento de un mundo distópico, de contrarrevolución preventiva, militarización de territorios, proliferación de enfermedades, fascismo societal, degradación ecológica y extractivismo recargado; por el otro, la conciencia anticipatoria cifrada en la insurgencia popular, la politización de masas, el relevo múltiple y el buen vivir. Frente a esta disyuntiva, no cabe sino apelar una vez más a la desmesura, para avivar la llama de la rebeldía y ayudar a parir aquello que no termina de (re)nacer. Porque a pesar del llanto por quienes han caído en los estallidos y revueltas de los últimos años, esos fuegos todavía resplandecen en nuestras pupilas.

Bibliografía

- Bonnet, A. (2008). *La hegemonía menemista*, Buenos Aires: Prometeo.
- Federici, S. (2014). *La inacabada revolución feminista. Mujeres, reproducción social y luchas por lo común*, Bogotá: Ediciones Desde Abajo.
- García Linera, A. (2005). “La lucha por el poder en Bolivia”, en García, A.; Tapia, L.; Vega, O. y Prada, R.: *Horizontes y límites del estado y el poder*, La Paz: La Muela del Diablo.
- Gramsci, A. (1970). *Antología*, a cargo de Manuel Sacristán. Barcelona: Siglo XXI.
- Harvey, D. (2003). *El nuevo imperialismo*, Madrid: Akal.
- Hoetmer, R. (2020). “Anatomía del giro autoritario y la derechización”, en VV.AA. *Nuevas derechas autoritarias. Conversaciones sobre el ciclo político actual en América Latina*, Quito: Fundación Rosa Luxemburgo y Ediciones Abya Yala.
- Iza, L.; Tapia, A. y Madrid, A. (2020). *Estallido: la rebelión de octubre en*

Ecuador, Quito: Kapari, El Colectivo, Quimantú, Bajo Tierra, Zur y La Fogata.

Laval, C. y Dardot, P. (2013). *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*, Buenos Aires: Editorial Gedisa.

Mazzeo, M. (2005). *¿Qué (no) hacer? Apuntes para una crítica de los regímenes emancipatorios*, Buenos Aires: Antropofagia.

Moulian, T. (1998). *Chile actual. Anatomía de un mito*, Santiago de Chile: LOM.

Mies, M. (2019). *Patriarcado y acumulación a escala mundial*, Madrid: Editorial Traficantes de Sueños.

Osorio, J. (2016). “Razones estructurales del auge y declive de los gobiernos populares”, en Carrillo, J.; Escárzaga, F. y Günther, M. (coord.) *Los gobiernos progresistas latinoamericanos. Contradicciones, avances y retrocesos*, México: UAM.

Ouviaña, H. (2002). “¿Minimización o metamorfosis del Estado? Las transformaciones de la última década en el aparato estatal argentino”, en Bonnet, A. et al. (comps.) *Modernización y crisis. Transformaciones sociales y reestructuración capitalista en la Argentina del siglo XX*, Bernal: UNQ.

_____ (2016). René Zavaleta, frecuentador de Gramsci, en Giller, D. y Ouviaña, H. (edit.) *René Zavaleta Mercado: pensamiento crítico y marxismo abigarrado*, Santiago de Chile: Quimantú.

_____ (2019). *Rosa Luxemburgo y la reinención de la política. Una lectura desde América Latina*, El Colectivo, Quimantú y Fundación Rosa Luxemburgo, Buenos Aires.

_____ (2021). “El Estado y la reactivación del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina”, en Baustista, C.; Durand, A. y Ouviaña, H. (edit.) *Estados alterados. Reconfiguraciones estatales, luchas políticas y crisis orgánica en tiempos de pandemia*, Buenos Aires: Muchos Mundos Ediciones.

Ouviaña, H. y Thwaites Rey, M. (edit.) (2018). *Estados en disputa. Auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO/El Colectivo.

Ouviaña, H. y Renna, H. (2019). “El baile de lxs que sobran. Hipótesis y preguntas desde la rebelión popular en Chile”, en Portal Gramsci en América Latina, www.gramscilatinoamerica.wordpress.com, recuperado el 18 de octubre de 2020.

Poulantzas, N. (1979). *Estado, poder y socialismo*, Madrid: Siglo XXI.





Rodríguez, E. (2014). *Temor y control. La gestión de la inseguridad como forma de gobierno*, Buenos Aires: Editorial Futuro Anterior.

Selznick, P. (1999). “El mecanismo de cooptación”, en Shafritz, J. y Hyde, A. (edit.) *Clásicos de la Administración Pública*, México: Fondo de Cultura Económica.

Thwaites Rey, M. y Ouviaña, H. (2019). “Notas sobre la disputa hegemónica y el sentido común en el largo ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina”, en VV.AA. *Gramsci: La teoría de la hegemonía y las transformaciones políticas recientes en América Latina*, Asunción: Centro de Estudios Germinal.

Thwaites Rey, M. y Ouviaña, H. (2021). Inestabilidad hegemónica y crisis orgánica en América Latina. Lecciones urgentes desde un continente en ebullición, en Jiménez, C. y Zuluaga Nieto, J. (comp.) *Incertidumbres de la paz*, Buenos Aires: CLACSO.

_____ (2022). *Algunas lecciones del ciclo de la marea rosa de América Latina para pensar en transformaciones radicales dondequiera que ocurran*, Transnational Institute. Amsterdam, en prensa.

Vázquez García, F. (2005). ‘Empresarios de nosotros mismos’. Biopolítica, mercado y soberanía en la gubernamentalidad neoliberal, en Ugarte Pérez, J. (comp.) *La administración de la vida. Estudios biopolíticos*, Barcelona: Antropos.

VV.AA. (2020) *18 de octubre: Primer borrador. Reflexiones desde abajo para pensar nuestro mañana*, Santiago de Chile: Quimantú.

Wright, E. O. (2015). *Construyendo utopías reales*. Buenos Aires: Akal.

Zavaleta, R. (1986). *Lo nacional-popular en Bolivia*. México: Siglo XXI.

_____ (1990a). Algunos problemas ideológicos actuales del movimiento obrero (contestación y antropocentrismo en la formación de la ideología socialista), en *El Estado en América Latina*, La Paz: Los Amigos del Libro.

_____ (1990b). “El Estado en América Latina”, en *El Estado en América Latina*, La Paz: Los Amigos del Libro.